

## *CRUCES Y CRUCEROS*

### *ANTECEDENTES PAGANOS Y CRISTIANIZACIÓN*

*Marta Plaza Beltrán*

*Sumario:* El presente artículo tiene como objetivo realizar un análisis de los diferentes cultos ancestrales que han influido, de una manera u otra, en el actual culto cristiano a las cruces de piedra situadas en caminos, campos y montes. De este modo, se pretende analizar antiguos cultos paganos vinculados con las fuerzas de la naturaleza que han sido asimilados y transformados por el cristianismo a lo largo de la historia, cultos que queda reflejados en el conjunto de nuestras cruces pétreas.

*Summary:* The present article aims at bringing about an analysis of the different ancestral cults that, in one way or another, have influenced the actual Christian cult to the stone crosses situated in routes, fields and mountains. In this way, it is intended to analyse ancient pagan cults linked up to the forces of nature which have been assimilated and transformed by Christianity all along history, cults that remain reflected in the whole of our stone crosses.

*Palabras clave:* culto cristiano, cruces, culto pagano, cristianismo, cultos petreos.

*Key words:* Christian cult, crosses, pagan cult, Cristianity, stoney cults.

Fecha de recepción: 12 febrero de 2010

Fecha de aceptación y versión final: 14 marzo de 2010

Las cruces de piedra –sencillas o monumentales– forman parte del paisaje de nuestra geografía; erigidas en puntos estratégicos –a la vereda de los caminos, en los atrios de las iglesias, en medio de los prados o en lo alto de las cimas–, han seguido cumpliendo la función para la que fueron construidas: sacralización de espacios, protección de peregrinos, campos y ganado, recordatorio de hechos históricos o desgracias, cristianización de antiguos lugares con reminiscencias paganas, etc. Estamos ante un conjunto de monumentos de arte popular, con un gran interés artístico, etnográfico, histórico y, por supuesto, religioso. Pero ¿cuál es el origen del culto a estos elementos?

La sociedad primitiva, consciente de las fuerzas de la naturaleza y su dependencia a las mismas, sintió la necesidad de controlar, en cierta manera, elementos como el sol, la lluvia o el viento, convirtiéndolos en hierofanías<sup>1</sup>. Quiso ver estas apariciones de

---

<sup>1</sup> Manifestaciones de lo sagrado.

lo sagrado en elementos como el cielo, la tierra, el agua o las piedras, utilizados como medio para acercarse a Dios. Esta comunicación con lo sobrenatural tenía lugar en determinados espacios sagrados, abiertos o cerrados, naturales o artificiales,<sup>2</sup> los cuales han constituido un importante legado artístico y cultural.

La llegada del cristianismo supuso la asimilación y trasfiguración de objetos de culto y lugares sagrados procedentes del pasado a los nuevos ideales religiosos. A este respecto podríamos decir que los emblemas y símbolos religiosos no desaparecen ni mueren, sólo se transforman. De este modo, en la Iglesia Católica siempre existió una gran preocupación por todos los cultos paganos que rodearon a los elementos de la naturaleza: piedras, aguas, árboles, caminos o montes. Prueba de ello son los numerosos concilios, decretos y tratados que se hicieron eco de esta situación: Arles (452), Tours (567), Braga (567 y 572), Toledo (681-682), tratado *De correctione rusticorum* de San Martiño o el *Dumianense* (572), Decreto de Carlomagno (789), etc. La Iglesia persiguió y prohibió todo aquello relacionado con rituales paganos; sin embargo, a pesar de todas estas prohibiciones dictadas en concilios y homilías, con las continuas amenazas de excomunión, no fue capaz de erradicar estas tradiciones y optó por la cristianización de todos los elementos y cultos paganos.

Un personaje importante en este periodo de adaptación es el papa Gregorio Magno<sup>3</sup> que, ante la imposibilidad de luchar contra el pueblo para la destrucción de todo aquello que recordara las prácticas paganas, moderó la actitud conservando los templos y sustituyendo las antiguas aras por altares consagrados a Dios. Este papa consideraba más fácil sustituir un ídolo antiguo por un nuevo Santo que la implantación directa de este último, aunque esta asimilación a las nuevas creencias se realizó de forma paulatina y lenta.

Durante la expansión del cristianismo en la época medieval, se empleó el símbolo de la cruz para sacralizar todos aquellos elementos y lugares con significación pagana o aquellos puntos en los que se seguían celebrando rituales paganos. Se colocaron cruces, grabadas o labradas, de piedra o madera, en lápidas, dinteles y jambas de puertas, cementerios, viviendas, cuadras, bodegas, molinos, junto a manantiales, árboles o piedras. En los primeros siglos del cristianismo San Juan Crisóstomo<sup>4</sup> nos habla de cruces en plazas, caminos, montes, casas, tejados de edificios, en los campos y ciudades<sup>5</sup>.

A pesar de esta cristianización masiva de elementos paganos, el cristianismo nunca pudo borrar el significado de muchos símbolos arcaicos, por lo que se vio en la necesidad de reconvertir su significación primitiva en un nuevo sentido religioso.

---

<sup>2</sup> De este modo, las antiguas civilizaciones orientales, los griegos y romanos, han celebrado sus rituales en los templos edificadas para tal fin, sin embargo, en las regiones indo-europeas, estos rituales se realizaban en lugares al aire libre que ellos consideraban sagrados: bosques, ríos, manantiales, etc.

<sup>3</sup> Gregorio Magno (540-604), papa medieval y uno de los cuatro doctores de la Iglesia occidental.

<sup>4</sup> Juan Crisóstomo (347-407), Obispo de Constantinopla. Patriarca y Padre Griego.

<sup>5</sup> SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Adversus Iudaeos et Gentiles* (9: PG 48, 826).

A pesar de esta reconversión, el hombre sigue acudiendo a ritos junto a ríos, piedras y árboles. Es interesante señalar a este respecto cómo muchas prácticas idolátricas antiguas tienen gran similitud con la liturgia del cristianismo; por ejemplo, dentro de la península Ibérica, se realizan peregrinaciones y romerías a capillas o iglesias localizadas en antiguos lugares sagrados, cerca de manantiales, fuentes, bosques cuevas o caminos. Estas celebraciones, que poseen vestigios célticos y fuertes componentes paganos, fueron adoptadas por la Iglesia Católica al ver que era imposible su erradicación.

Las cruces sencillas empleadas antaño para sacralizar estos lugares fueron evolucionando y transformándose en majestuosas obras elevadas, en la mayoría de los casos, sobre una serie de gradas o escalones, dando lugar a lo que conocemos como *cruceros o cruces monumentales*<sup>6</sup>. A pesar de esta conversión, son numerosos los ejemplares que han seguido las antiguas directrices de sencillez, conservando el mismo valor etnográfico que los grandes conjuntos escultóricos de los cruceros.

A continuación vamos a hacer un recorrido por los diferentes cultos paganos vinculados, de alguna manera, a nuestras cruces de piedra y su posterior cristianización.

## 1. Culto a la muerte

La idea de la muerte para el hombre supuso un enfrentamiento con lo desconocido, lo que le hizo acudir a fuerzas sobrenaturales en busca de protección. En palabras de M. Lurker:

“La historia del encuentro del hombre con la muerte empieza propiamente con el miedo a la muerte, a lo inquietante, porque con la muerte salimos del ámbito terrestre que nos es familiar para entrar en lo incierto, lo desconocido y sin nombre; para entrar en la nada”<sup>7</sup>.

Esta preocupación por la muerte y el más allá ha existido desde épocas prehistóricas y su origen podemos encontrarlo en el hombre Neandertal, cuyos enterramientos muestran cierta intencionalidad (esqueleto en posición fetal, queriendo retornar a la madre que le engendró –Madre Tierra–). Posteriormente, todas las culturas han continuado con ese culto a los muertos materializado de diferentes formas. Así, el pueblo íbero rendía culto a las almas de los muertos con doble finalidad: por un lado, intentaban aplacar su ira evitando el regreso a este mundo con el correspondiente tormento de

<sup>6</sup> Podemos decir que los cruceros comienzan a erigirse en el siglo XIV, con máximo desarrollo a partir del siglo XVI manteniéndose hasta el XVIII. Durante los siglos siguientes sigue esta manifestación popular aunque perdiendo, en cierto modo, su simbología inicial, respondiendo más a una función puramente decorativa. En el siglo XIX se continúa con la erección de los mismos, pues es un periodo en el que se intensifica la devoción al dogma de la Inmaculada Concepción, con un auge de la práctica de rezar el rosario. Con la llegada del siglo XX los cruceros pierden protagonismo, se convierten en obras con poco interés artísticos y, la mayoría de ellos, ya no conservan su funcionalidad original.

<sup>7</sup> M. LURKER, *El mensaje de los símbolos*, Herder, Barcelona 2000, 249.

los vivos, y por otro, pretendían predisponerlas para proteger a los familiares y amigos en la tierra. Con este objetivo depositaban piedras sobre las sepulturas de los difuntos y encendían velas con ofrendas, prácticas que han llegado hasta nuestros días vinculadas a los cruceros, donde se siguen depositando piedrecillas con esta misma intención.

Por su parte, la civilización celta rendía culto al dios *Lug*<sup>8</sup>, encargado de transportar las almas de los muertos al cielo. Era un dios no representado ni personificado y que este pueblo adoraba en lugares que consideraba energéticos: montes, ríos, fuentes, cavernas, bosques, cruces de caminos, etc. La tradición celta menciona grandes piedras donde se depositaban los cuerpos de los difuntos para que los pájaros sagrados recogieran su alma y la llevaran al cielo, costumbre común al pueblo ibérico. La función de estos lechos de piedra, situados en zonas elevadas, era la misma que las piedras del sol megalíticas, hincadas en la tierra en lo más alto de las colinas. Más tarde, el cristianismo transformará este dios en San Miguel, que tendrá la misma misión como mediador y que veremos representado pesando las almas de los muertos antes de enviarlas al cielo o al infierno. Muchos cruceros y petos de ánimas, situados al pie de los caminos o en encrucijadas, muestran esta escena heredada del culto a *Lug*.

Si seguimos avanzando en el tiempo, la civilización romana mantenía la creencia en una vida después de la muerte. Cuando morían, no eran enterrados en cementerios alejados y solitarios, al contrario, sus tumbas se ubicaban al borde de las calzadas, en las salidas de las ciudades, en aquellos puntos donde pudieran ser vistas y contempladas por todo el que pasara por allí<sup>9</sup>. Si los muertos no eran debidamente enterrados, este pueblo creía que sus espíritus vagarían indefinidamente entre los vivos, con la posibilidad de causarles daño. Contrariamente y de forma paralela, pensaban que el muerto tenía que estar cerca de los vivos para ayudarles, por eso la costumbre antes citada de enterrarlos en el margen de las calzadas. Existen algunas tumbas donde podemos leer inscripciones haciendo referencia a este hecho:

“Lolio ha sido colocado al borde del camino para que todos los transeúntes puedan decirle buenos días”<sup>10</sup>.

Hemos visto cómo los romanos, en sus conquistas, fueron adaptando las creencias de los pueblos sometidos a las suyas propias<sup>11</sup>. Este mismo proceso fue el que siguieron los cristianos con los antiguos dioses, transformados en santos protectores. Unas veces se sustituía el nombre por otro semejante y en otras ocasiones se buscaba un santo que tuviera las mismas funciones que la divinidad anterior. Pero esta conversión no se

<sup>8</sup> *Lug* o *Lugh*: dios perteneciente a la mitología celta, dios pancéltico al que se le atribuyen todas las funciones.

<sup>9</sup> En Pompeya, existen numerosas tumbas situadas a lo largo de las calzadas que van al norte desde la Puerta de Herculano y hacia el sur desde la de Nuceria.

<sup>10</sup> AAVV., *El Culto a los Muertos. Las creencias romanas en una vida después de la muerte*. <http://www.culturaclasica.com/cultura/creencia.htm> (consultada el 15 de enero de 2010).

<sup>11</sup> Apolo era el dios solar celta; *Lug*; Mercurio *Belenos*; Minerva *Velisana*; Marte *Teutates* y Júpiter era *Neto*.

realizó de forma homogénea en todos los pueblos, pues en algunas regiones, a pesar de la implantación de la religión cristiana, se seguían manteniendo las creencias ancestrales.

La idea de la muerte asociada a la resurrección que existía en épocas anteriores al cristianismo, fue adoptada y reconvertida a esta nueva religión. De este modo, San Pablo en una carta a los Corintios nos habla de esta resurrección:

“Voy a declararos un misterio: no todos dormiremos, pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de trompeta –pues tocará la trompeta–, los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad”<sup>12</sup>.

Para concluir, es preciso anotar la relación que existe entre este culto a la muerte y los cruceros de piedra. Por un lado, muchas cruces están erigidas al pie de los caminos, con una ubicación similar a los enterramientos romanos; por otro lado, los monumentos cristianos dedicados a las almas de los muertos (cruceiros con peto de ánimas) cumplen la misma función que las lápidas consagradas a *Lug* o a los dioses manes; por su parte, nuestros *humilladeros*<sup>13</sup> son el equivalente a los túmulos de piedras de los enterramientos ibéricos.

## 2. Culto a la tierra

La tierra, entendida como *Terra Mater* o *Tellus Mater*<sup>14</sup>, ha encarnado todas las fuerzas reproductivas, ha simbolizado la regeneración y la fecundidad. Este concepto de la tierra, como madre de todas las cosas, lo podemos ver en prácticamente todas las civilizaciones mediterráneas, en las que la Madre Tierra aparece como la divinidad de la fertilidad agraria y fecundidad del hombre.

La tierra es considerada como la madre de todas las criaturas<sup>15</sup> y está asociada a la divinidad de la fertilidad que proporciona la vida: lo que sale de la tierra tiene vida y lo que vuelve a ella la obtendrá de nuevo. Aquí encontramos el binomio vida-muerte, pues representa el concepto de maternidad al mismo tiempo que la entrada al mundo inferior de las tinieblas. En este sentido, la tierra es la que engendra todos los seres, después los alimenta con sus frutos y los recibe en su seno de nuevo tras la muerte. De acuerdo con esta concepción, el nacimiento del hombre sería una separación de la Madre Tierra y su

<sup>12</sup> 1 Corintios 15, 51-53.

<sup>13</sup> Montones de piedras acumuladas al pie de los caminos coronados por la cruz.

<sup>14</sup> Otras denominaciones que podemos encontrar son *Magna Mater* o los nombres de todas las divinidades relacionadas con ella: Cibele, Isis, Hathor, Astarté, Demeter, Tania, etc.

<sup>15</sup> SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, Libro 7, cap. XXIII- XXVI.

muerte, el regreso a casa. En esta tierra se esconde el origen y destino del hombre que es tierra y en ella se convierte, de forma definitiva según la antropología materialista y dualista<sup>16</sup> o temporalmente, según el dogma católico de la resurrección de los muertos.

Respecto a la tierra como receptora de muertos, encontramos la práctica de los enterramientos infantiles con el fallecido colocado en posición fetal, con el propósito de un renacer. Al mismo tiempo, se le situaba al pie de los caminos con el objeto de una posible regeneración, ya que algunas leyendas cuentan que cuando una mujer pasaba junto al difunto, éste se introducía en su vientre para volver a nacer<sup>17</sup>. Cicerón nos habla de los enterramientos romanos vinculados a este culto a la Madre Tierra:

“Me parece que el más antiguo género de sepultura ha sido aquel de que Ciro usa en Senofonte. Porque el cuerpo es devuelto a la tierra, y colocado y situado tal como si se hallara cubierto por el manto de una madre”<sup>18</sup>.

La agricultura, por su parte, representa para los hombres un referente de sacralidad y se relaciona directamente con la fertilidad de la tierra. Muchas sociedades agrarias han realizado rituales periódicos unidos a las estaciones, las épocas de siembra o la recolección; cuando comienza la siembra, se diseminan los primeros granos por la superficie del campo como ofrenda a los muertos, al viento y a los dioses del trigo; antes de la cosecha también es muy usual esparcir agua con objeto de simular la lluvia y así pronosticar un buen año agrícola; las primeras espigas no se recogen pues son para los ángeles y la madre del trigo; la última gravina de la siembra también se utiliza para la protección contra las plagas y se relaciona de algún modo con el culto a los muertos y espíritus, pues se dejan estos últimos tallos para ellos<sup>19</sup>. De forma paralela, muchas culturas han llevado a cabo sacrificios humanos o de animales para ofrecérselos a la tierra<sup>20</sup>.

Por otra parte, tenemos la idea de la semilla como germen de vida protegida por los muertos, ya que mientras las simientes permanecen bajo tierra, éstos se encargan de custodiarlas. Tal es el caso, por ejemplo, de un ritual característico de la cultura finlandesa que consiste en enterrar algún hueso, cenizas, objetos personales de un difunto, tierra de cementerio o tierra de un cruce de caminos, en el campo durante el periodo de siembra con objeto de tener una buena cosecha. M. Eliade, a propósito de la sacralidad de la agricultura nos dice:

---

<sup>16</sup> Doctrina filosófica según la cual en el hombre podemos encontrar dos principios con características y destinos diferentes: alma y cuerpo.

<sup>17</sup> Leyenda muy extendida por el norte peninsular.

<sup>18</sup> MARCO TULIO CICERÓN, *Ley de las Doce Tablas*, 137.

<sup>19</sup> Aquí volvemos a encontrarnos con el binomio vida-muerte.

<sup>20</sup> J. M. DE CIVRIEUX, *Watumna, un Ciclo de creación en el Orinoco*, Monte Ávila Editores, Caracas 1992, 37-45.

“La agricultura como técnica profana y como forma de culto, interfiere con el mundo de los muertos en dos planos distintos. El primero es la solidaridad con la tierra; los muertos, como las semillas, se entierran, entran en una dimensión ctónica que sólo a ellos les es accesible. Por otra parte, la agricultura es por excelencia una técnica de fertilidad, de la vida que se reproduce multiplicándose, y los muertos se sienten especialmente atraídos por ese misterio del renacer, de la palingenesia y de la incesante fecundidad. Semejantes a los granos enterrados en la matriz telúrica, los muertos esperan su vuelta a la vida bajo una nueva forma. Por eso se acercan a los vivos, sobre todo en momentos en que la tensión vital de las colectividades llega al máximo, es decir, en las llamadas fiestas de la fertilidad, cuando las fuerzas genéticas de la naturaleza y de grupo humano son evocadas, desencadenadas por los ritos [...]”<sup>21</sup>.

Del mismo autor encontramos referencias a la mística agraria, donde busca la similitud entre el alma humana y la vida vegetal, todo ello vinculado a la regeneración periódica y el Año Nuevo.

“[...] el muerto, al igual que la semilla sepultada en la tierra, puede esperar la vuelta a la vida bajo una nueva forma”<sup>22</sup>.

La llegada del cristianismo supuso la reconversión del culto a la Diosa Madre y a la Tierra en la veneración a la Virgen María. Pero este proceso se llevó a cabo de forma lenta, pues no se tiene constancia de fiestas o conmemoraciones dedicadas a la Virgen hasta el siglo V y no será hasta el siglo XII cuando se instaure de verdad la mariología. A pesar de todo ello, muchas creencias ancestrales se conservaron mezcladas con las nuevas ideas religiosas, como queda demostrado en la costumbre, por parte de la Orden de los Templarios, de situar sus lugares de culto en puntos donde antaño se veneraba la tierra o en zonas próximas a corrientes telúricas. Aquí veneraban a las vírgenes negras como diosas-madre o tierra-madre, a las que solían colocar sobre antiguas piedras sagradas<sup>23</sup>.

El proceso de cristianización sufrido por los cultos a la tierra y la agricultura se ha centrado en el desarrollo germinativo de las semillas. De esta forma, San Pablo se ayuda del mismo para explicar la resurrección corporal de los hombres:

“Y Dios le da el cuerpo según ha querido, a cada una de las semillas el propio cuerpo [...]”<sup>24</sup>.

<sup>21</sup> M. ELIADE, *Tratado de la Historia de las Religiones*, Cristiandad, Madrid 1981, 352.

<sup>22</sup> *Ib.*, 363.

<sup>23</sup> J. HUYNEN, *El enigma de las vírgenes negras*, Planeta, Barcelona 1977.

<sup>24</sup> San Pablo 1 Cor 15, 38 y ss.

Según indicamos al inicio del trabajo, muchas de nuestras cruces de piedra se sitúan en las proximidades de los campos sembrados con la intencionalidad de aportarles protección contra tormentas y plagas, al mismo tiempo que sirven de puntos de oración para pedir a Dios fertilidad en los campos.

### 3. Culto a la montaña u orogelatría

La montaña ha constituido un elemento sagrado por excelencia debido a su altura y proximidad al cielo, es decir, a los dioses. Se encuentra situada en el Centro del Mundo, en el punto de unión entre el cielo y la tierra. Se ha considerado como residencia divina y como deidad ella misma, motivo por el cual se han emplazado en su cima los templos sagrados. Para algunas creencias, el alma de los muertos asciende al cielo por los caminos de una montaña<sup>25</sup> o por un árbol.

Casi todas las culturas poseen, entre sus creencias, una montaña sagrada con la simbología común de centro, aunque con diferentes denominaciones: Meru<sup>26</sup>, Haraberezaiti<sup>27</sup>, Parnaso<sup>28</sup>, Olimpo<sup>29</sup>, Kailasa<sup>30</sup>, Abu<sup>31</sup>, Kuen Luen<sup>32</sup>, Sinaí, Sion, Tabor, Carmelo, Gólgota o Calvario. Con la llegada del cristianismo, en la mayoría de los montes dedicados antaño a dioses paganos se establecieron cultos a santos y mártires cristianos; al mismo tiempo que se levantaban templos y se coronaban las cimas con cruces de piedra o madera.

### 4. Culto a los árboles o dendrolatría

El árbol ha tenido una significación religiosa muy importante durante todas las etapas de la historia. Son muchos los ritos y símbolos sagrados relacionados con él, apareciendo en la mayoría de los casos como morada de los dioses, símbolo de fertilidad o, al

<sup>25</sup> Los promontorios, sin llegar a ser grandes montañas, también eran considerados por los pueblos antiguos como lugares de culto.

<sup>26</sup> El monte Meru, entre las creencias hindúes, se sitúa en el centro del mundo y la estrella polar aparece sobre el mismo; bajo él se encuentran los cuatro continentes mitológicos con siete cordilleras montañosas, rodeados por siete océanos concéntricos: el más interno, de agua salada (el único que conocemos los seres humanos), el de agua dulce, de leche, de ghi (mantequilla clarificada), etc. Al final de estas barreras hay una puerta con unos guardianes en cada uno de los puntos cardinales principales: por ejemplo en el este se encuentra el dios Indra (rey de los dioses, dios del cielo, del rayo) con su elefante Airavata (según algunos, de tres cabezas). Después de estas cuatro entradas está el océano primordial, que se considera infinito. Este mismo monte es llamado Sumeru por los uralaltaicos.

<sup>27</sup> Montaña sagrada dentro de la cultura irania, unida al cielo desde el centro de la tierra.

<sup>28</sup> Monte griego, consagrado a Apolo y a Dionisos.

<sup>29</sup> Residencia de dioses griegos, Zeus griego (Júpiter romano), Hera griego (Juno romano), Poseidón, Hermes griego (Mercurio romano), Hefesto griego (Vulcano romano), Ares griega (Marte romana), etc.

<sup>30</sup> Residencia de *Shiva*, del que parten los cuatro ríos más importantes del subcontinente indio.

<sup>31</sup> Montaña sagrada de los jainistas e hinduistas.

<sup>32</sup> Monte de los Tahoístas, donde se ubica el paraíso y viven los inmortales.

igual que la montaña, deidad en sí mismo. Desde el punto de vista cosmológico se considera eje del mundo, *Axis Mundi*, punto de unión de la tierra con el cielo. Por emerger de la tierra y tender hacia el cielo participa en la relación entre lo humano y lo divino. Debajo de sus ramas, por las que circula la savia divina, se puede recibir la fuerza del cosmos<sup>33</sup>.

El árbol constituye un microcosmos<sup>34</sup> unido a elementos como las piedras o el agua, con los que mantiene un estrecho vínculo simbólico. Es imagen de vida y fecundidad, de regeneración perpetua, como queda patente en la existencia de dos tipos de hojas en sus ramas: una la caduca, encargada de recordar al hombre el ciclo de la muerte y otra la perenne, la de la inmortalidad de la vida.

Entre las religiones orientales el árbol es un símbolo cósmico que representa el universo. Algunos textos hinduistas muy antiguos están ilustrados con imágenes del cosmos a modo de árbol gigante y que en determinados casos aparece del revés, *Arbor inversa*, como en las Upanishads<sup>35</sup>, donde las raíces están en su parte superior y se hunden en el cielo, mientras que las ramas se extienden por el suelo. Es el encargado de unir el cielo con la tierra, transmitiendo toda la fuerza divina desde cielo, es decir, desde las raíces a todos los seres del universo a través de sus ramas. Para los chinos el árbol *Kienmu*, se sitúa en el centro del mundo, posee nueve ramas y nueve raíces, tocando de este modo los nueve cielos y los nueve manantiales. La fuerza del cosmos se recibe cuando los hombres se sitúan bajo sus ramas.

Al mismo tiempo en occidente, la práctica panteísta-naturalista de la religión celta y germana quedaba reflejada en el culto a todas las manifestaciones de la naturaleza: árboles, fuentes, ríos, astros, fuego, etc. Estos pueblos consideraban los bosques como morada de los dioses, según nos dice J. M. Blázquez:

“[...] el árbol siempre florido que abriga el espacio afortunado en el que viven los dioses y al que las almas de los muertos se dirigen [...]”<sup>36</sup>.

Mucho antes, Plinio<sup>37</sup> ya nos hablaba del culto a los árboles por parte de los celtas:

“Los druidas –así llaman a sus magos– nada tienen más sagrado que el muérdago y el árbol que lo porta, si se trata de un roble. Eligen los bosques de estos árboles y en ellos no llevan a cabo ritos sin sus hojas, de lo que puede suponerse que es

<sup>33</sup> Como Buda alcanza la iluminación sentado debajo del árbol *Bodhi*.

<sup>34</sup> Árbol-piedra-altar: constituye un microcosmos en algunas culturas de Australia, Indonesia, China, India, Fenicia-Egeo, etc.

<sup>35</sup> Libros del pensamiento védico con origen en el siglo X a. C. y que continúan creándose en nuestros días.

<sup>36</sup> J. M. BLÁZQUEZ, *Historia de las religiones de la Europa antigua*, Cátedra, Madrid 1994, 358.

<sup>37</sup> Cayo Plinio Cecilio Segundo (c. 23-79), Plinio el Viejo, escritor, científico y naturalista romano.

por esta costumbre por lo que reciben el nombre de druidas según interpretación griega (del término que significa roble). Consideran que todo lo que crece sobre los árboles ha sido enviado por el cielo y lo tienen por un signo de que el árbol ha sido elegido por la divinidad<sup>38</sup>.

Entre los antiguos egipcios existía la creencia de una vida después de la muerte, siempre que los muertos lograran llegar al árbol sagrado *Sicómoro*<sup>39</sup>, situado en medio de una isla y encargado de proporcionarles sombra y sustento<sup>40</sup>.

La figura de Egipto se suele representar como un gran cedro frondoso llamado *Asur* y descrito por Ezequiel<sup>41</sup> en los Vaticinios de las Naciones. Por oposición a éste encontramos la imagen del árbol podado asociado con *Osiris*, que en los jeroglíficos aparece como el pilar *djed*, símbolo de estabilidad y durabilidad. También como árbol sagrado cabe mencionar aquel que, según una epopeya babilónica de *Gilgamesh*<sup>42</sup>, sus ramas estaban cubiertas de piedras preciosas (simbolizando los astros) y se situaba en un jardín al que un héroe quiso llegar, recorriendo doce millas, el universo, el zodiaco, en doce lunas; enfrentándose a los guardianes de la salida y puesta del sol<sup>43</sup>.

Por su parte, los griegos también veneraban los árboles como morada de los dioses, a los que rendían culto por la divinidad que en ellos residía y era representada por los mismos. De este modo el pino estaba consagrado a Cibele; el olivo, a Minerva; el laurel a Apolo; el loto y el mirto a Venus; la encina a Zeus; la viña y el pámpano a Baco, etc. En Laconia, Artemisa vivía en un nogal, en Boia, en un mirto y en Orcómenos, en un cedro. Las *Hamadriadas* tenían su morada en las encinas y las *Melias* en los fresnos<sup>44</sup>. Este pueblo utilizaba el culto a los árboles para obtener el conocimiento absoluto, humano y divino.

En la Biblia, son numerosas las referencias al culto de los árboles, aunque no se describe de forma directa; citaremos como ejemplo la narración del Génesis que describe cuando Yahvé se apareció a Abraham para anunciarle el nacimiento de su hijo en los encinares de *Mamré*<sup>45</sup>. También de la Biblia es la alusión al bien y al mal en el hombre teniendo como referente el árbol, pues para San Mateo<sup>46</sup> los árboles estériles y sin frutos

<sup>38</sup> PLINIO, *Historia Natural*, 16, 95.

<sup>39</sup> Dominación que proviene de la especie arbórea a la que pertenece: *Ficus Sycomorus*.

<sup>40</sup> P. BARGUET, *El Libro de los Muertos de los antiguos egipcios*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000, 93.

<sup>41</sup> Ezequiel 31, 1-18.

<sup>42</sup> Gilgamesh es un personaje que pertenece a la mitología sumeria. Se supone que fue un rey de la ciudad de Uruk (en el 2750 a. C.).

<sup>43</sup> M. LURKER, *o. c.*, 165.

<sup>44</sup> Las Hamadriadas y las Melias eran ninfas del bosque que vivían en los árboles que les proporcionaban la inmortalidad.

<sup>45</sup> Génesis 18, 1.

<sup>46</sup> Mateo 3,10.

representan al hombre malo, mientras aquellos árboles frondosos y con frutos serían la imagen del hombre bueno.

Pero este culto no fue admitido dentro del cristianismo, de hecho estuvo prohibido y perseguido durante una larga época. Cesáreo de Arles<sup>47</sup> en uno de sus sermones hace referencia a esta prohibición:

“Audivimus aliquos ex vobis ad arbores vota reddere, ad fontes orare, ‘auguria diabólica observare: de qua ne tantus dolor est in animis ‘nostris, ut nullam possimus consolationem recipere. Sunt enim, ‘quod peius est, infelices et miseri, qui paganorum fana non solum destruere nolunt, sed etiam quae destructa deum cogitans aut arbores ‘fanaticos incendere aut aras diabólicas voluerit dissipare atque destruere, irascuntur et insaniunt, et furore nimio succenduntur; ita ‘ut etiam illos, qui pro dei amore sacrilega idole conantur evertere, aut caedere praesumant, aut forsitan de illorum morte cogitare non ‘dubitent [...] Arbores etiam sacrílegas usque ad radicem ‘incidite, aras diaboli comminuite”<sup>48</sup>.

Pero mucho antes, ya en el Deuteronomio se pide la eliminación de todos estos espacios destinados a practicar rituales paganos:

“Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses, sobre los altos montes, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso; abatiréis sus altares, romperéis sus cipsos, destruiréis sus aseras, quemaréis sus imágenes talladas y sus dioses y haréis desaparecer de la memoria sus nombres”<sup>49</sup>.

Los santuarios cananeos o *Aseras*, estaban situados al aire libre, en altozanos, donde se colocaban una serie de troncos cortados como símbolo del bosque sagrado<sup>50</sup>. Este concepto dentro de la Europa Mediterránea, lo encontramos en la idea del Peribolos<sup>51</sup> como delimitación del espacio sagrado. Si volvemos de nuevo a los recintos sacros al aire, decir que en el centro se ubicaba un gran árbol o una piedra (betilo)<sup>52</sup>, alrededor de los cuales se practicaban los diferentes rituales.

<sup>47</sup> Cesáreo de Arlés (470- 543), obispo de Arlés.

<sup>48</sup> CESÁREO DE ARLÉS, Sermón LIII, 1-2, *Corpus Christianorum*, series latinas, CIII, 233-234.

<sup>49</sup> Deuteronomio 12, 2-3.

<sup>50</sup> El conjunto de troncos cortados se conoce como Aseras.

<sup>51</sup> Patio rodeado de columnas que alberga en su centro un dios, con origen griego será posteriormente adoptado por los romanos.

<sup>52</sup> Palabra de origen semítico que significa casa o morada de Dios. Piedra casi sin labrar, con una talla tosca; símbolo de divinidad entre los pueblos del Antiguo Oriente y Mediterráneo.

Según lo expuesto hasta el momento, el árbol, como objeto de veneración, lo hallamos en culturas muy dispares, desde oriente hasta occidente. Pero, para el desarrollo del presente trabajo necesitamos establecer su relación con la cruz.

A este respecto, un poema inglés perteneciente a los primeros años del cristianismo, narra el sueño del autor donde se le aparecía un gran árbol representativo de la Cruz de Cristo:

“¡Atended! Contaré el máspreciado de los sueños que tuve en la medianoche cuando los hombres mortales estaban hundidos en el descanso. Me pareció ver un Árbol maravilloso alzarse en el aire, la más lustrosa de las cruces rodeada de luz. [...] Maravilloso aquel Árbol, aquel Signo de triunfo, ¡y yo trasgresor manchado con mis pecados! Miré a la Cruz aparejada en gloria, brillando en belleza y dorada con oro. La Cruz del Salvador cubierta de gemas. [...] Luego, mientras estaba tumbado, largo rato miré con compasión y tristeza el Árbol de mi Salvador, hasta que oí en sueños cómo la Cruz me hablaba, [...]”<sup>53</sup>.

El culto a los árboles ha sufrido una transformación y readaptación al cristianismo, del mismo modo que lo han hecho el resto de elementos de la naturaleza divinizados. Dentro de la península Ibérica existen numerosas tradiciones relacionadas con este hecho; por ejemplo en Nájera (La Rioja), es costumbre introducir una imagen de la Virgen en el interior de los troncos de los árboles, como cristianización de antiguos cultos paganos. Con la misma intención el pueblo vasco, en algunas ocasiones, llegó a sustituir los mojones de deslinde de propiedades o heredades por estos árboles sagrados que denominaba *terminales* y que más tarde se reconvirtieron en cruces de piedra.

Este mismo pueblo, tenía por costumbre reunirse a deliberar al pie del árbol sagrado<sup>54</sup>, práctica con origen en la época medieval, en la que reyes y señores juraban los Fueros bajo dicho árbol. Esta tradición continuó durante mucho tiempo a pesar de ser sustituidos éstos por cruces de piedra. De igual modo ocurrió con los grandes árboles situados en plazas o junto a iglesias, regentados por el pueblo para conversar o discutir asuntos comunes y que con el tiempo fueron suplantados por cruces de piedra-humilladeros.

A pesar del proceso de reconversión sufrido por este culto, muchos ritos y creencias vinculadas con él han llegado hasta nuestros días mezclados con la religiosidad popular y el culto a las cruces de piedra.

<sup>53</sup> M. J. CARRERA DE LA RED—R. DE PEDRO RICOY, “El Sueño de la Cruz”, en AAVV., *Estudios de traducción, primer curso Superior de traducción Inglés/Español*, Valladolid 1992, 98-99.

<sup>54</sup> F. VÍDEGAÍN AGÓS, *Cruceros*, Gobierno de Navarra, Pamplona 1976, vol. I, 4.

## 5. Culto a las piedras o litolatría

A lo largo de la historia, prácticamente todas las civilizaciones han hecho uso de la sacralidad de las piedras. Las piedras para el hombre primitivo eran símbolo de perennidad, invariabilidad, inmovilidad, unidad, energía y fuerza. Han sido adoradas por la sacralidad que contenían debido a su forma, origen o tamaño; concediéndoles tanto un significado mágico como religioso. De este modo en la antigua Grecia, exactamente en Quersoneso, ya en el año 405 a. C. se adoraba una piedra que decían haber caído del cielo; más tarde, en el siglo II d. C., *Pausanias*<sup>55</sup> habla de unas piedras sagradas situadas en el interior de los templos, con forma piramidal y coronadas con cabezas de divinidades<sup>56</sup>. Dentro de la religión romana, el dios *Terminus*<sup>57</sup> era el protector de los límites y su origen está en el culto a las piedras destinadas a marcar los límites en la religión indoeuropea, factor que nos permite descubrir su vinculación con las actuales cruces de término.

Al igual que ocurrió con el resto de cultos paganos, el cristianismo adaptó el culto dado a las piedras a su religión y para ello superpuso las celebraciones de sus festividades a las antiguas, erigió ermitas junto a elementos paganos, colocó cruces sobre las piedras y las marcó con cruces incisas<sup>58</sup>. De este modo, los espacios y elementos anteriormente mencionados fueron reutilizados por los cristianos, conviviendo en la mayoría de los casos símbolos paganos con cristianos.

En un pasaje del Génesis encontramos referencias al *Betilo*, término que podemos relacionar con el lugar sagrado denominado Betel, donde Jacob edificó un monumento sobre la piedra en la que tuvo un sueño:

“Llegó a un lugar donde se dispuso a pasar la noche, pues el sol se ponía ya, y tomando una de las piedras que en el lugar había, la puso de cabecera y se acostó. Tuvo un sueño en el que se veía una escalera que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con la cabeza en los cielos, y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios”<sup>59</sup>.

“Levantóse Jacob bien de mañana, y tomando la piedra que había tenido de cabecera, la alzó, como memoria, y vertió

<sup>55</sup> Pausanias (s. II d. C.), geógrafo e historiador griego.

<sup>56</sup> L. GERNET, *Antropología de la Grecia Antigua*, Taurus, Madrid 1980, 182-184.

<sup>57</sup> Antigua divinidad romana bajo cuya protección estaban las piedras *termini* que marcaban las líneas fronterizas y los lindes de las tierras de propiedad pública o privada. Dios protector de los límites y fronteras.

<sup>58</sup> Existen tres fuentes literarias especialmente relevantes que tratan del culto a las piedras: Estrabón, San Martín Dumiense (De Correctione Rusticorum, S. VI) y las actas de los concilios visigodos (Toledanos XII, canon 11 y XVI, canon II).

<sup>59</sup> Génesis 28, 11-12.

óleo sobre ella. Llamó a este lugar Betel, aunque la ciudad se llamó primero luz<sup>60</sup>.

“Esta piedra que he alzado como memoria será para mí casa de Dios, y de todo cuanto a mí me dieras te dará el diezmo”<sup>61</sup>.

Podemos encontrar piedras vinculadas con la fertilidad –consideradas *Petra Genetrix*<sup>62</sup> o *Matrix Mundi*<sup>63</sup>–, con los sacrificios –también conocidas como *embade*<sup>64</sup>–, con los espacios sagrados, con la muerte<sup>65</sup> o con poderes– unas conocidas como *piedras de abalar*<sup>66</sup> y otras como *men-an-tol*<sup>67</sup>.

Un caso especial es el de los *amilladoiros*, montones de piedrecitas testimoniales formados por acumulación de las que dejan los caminantes al pasar por un determinado lugar y con una intención definida. En esta práctica, todavía viva en nuestros días, podemos observar claras reminiscencias celtas; pueblo que tenía por costumbre arrojar chinarras en los cruces de caminos con la deseo de alejar a los malos espíritus. Otras culturas siguieron con la misma idea, ya que en la época grecorromana estos montones de piedras se formaban en las encrucijadas en honor a *Hermes* y a *Mercurio*, dioses protectores de los viajeros, pastores y caminantes<sup>68</sup>. Al mismo tiempo que les servían de protección, los romanos los utilizaron para señalar los límites en ciudades y propiedades, puntos donde rendían culto al dios *Términus*.

Martín de Braga<sup>69</sup>, al escribir sobre la religiosidad indígena en su obra *De correctione rusticorum*, denuncia las prácticas ajenas al cristianismo y hace referencia a los montones de piedras:

---

<sup>60</sup> Génesis 28, 18-19.

<sup>61</sup> Génesis 28, 22.

<sup>62</sup> Piedra Generatriz.

<sup>63</sup> Madre del mundo.

<sup>64</sup> Piedras con cazoletas, huecos o pozas. Las cazoletas o huecos tienen por misión recoger la sangre proveniente de los sacrificios, aunque también las vemos con una función receptora del agua de lluvia, considerada sagrada.

<sup>65</sup> Las piedras, al ser consideradas almas de los difuntos, han tenido vinculados numerosos rituales relacionados con la muerte. Un caso que todavía hoy sigue vigente es la formación de los *amilladoiros* o montones de piedras, cuyo origen podemos encontrarlo en el intento de ayudar a las almas que se albergan en dichas piedras a descansar en paz; para ello, los transeúntes depositan una piedra sobre estos montones situados al pie de los caminos.

<sup>66</sup> Piedras consideradas adivinatorias, que hablan cuando se mueve u oscilan.

<sup>67</sup> Nombre cuyo origen se encuentra en el antiguo idioma céltico-córnico. Se trata de piedras horadas con un agujero en el centro para purificar el alma cuando se traspasa.

<sup>68</sup> C. CABAL, *Mitología Ibérica: supersticiones, cuentos y leyendas de la Vieja España*, Grupo Editorial Asturiano, Oviedo 1993, 184.

<sup>69</sup> Martín de Braga (510/20-580), también conocido como san Martín Dumense o de Dumio, obispo de Braga, teólogo.

“Otro demonio quiso llamarse Mercurio, que fue un astuto inventor de toda clase de fraudes, a quien como dios del lucro, los hombres codiciosos al pasar por las encrucijadas, ofrecían como sacrificio montones de piedras que se forman al tirarlas”<sup>70</sup>.

Según lo expuesto hasta el momento, encontramos diversidad de intenciones en el proceso de este ritual: por un lado, el viajero que tira una piedra lo hace con un sentido purificador, idea apoyada por M. Eliade y por otro, se trataría del pago o tributo a una antigua divinidad<sup>71</sup>, teoría sostenida por J. G. Atienza<sup>72</sup>. Otros autores, como C. Cabal, afirman que esta práctica tiene su origen en los antiguos túmulos de piedras empleados para cubrir los cadáveres al pie de los caminos, según vimos al inicio del capítulo. La situación de estas sepulturas permitía a las almas de los muertos, materializadas en piedras y deseosas de más almas, vigilar el camino; motivo por el que los caminantes depositaban una piedra sobre el túmulo evitando, de esta manera, que las arrebatasen la suya a través de la muerte por enfermedad. El autor justifica así la ofrenda de piedras como sustitutas de almas de personas o animales y cuya intención es evitar los primitivos sacrificios humanos realizados con este fin:

“El alma reclamada por los manes era tan alma en el hombre como en el corderillo o en la piedra. El espíritu era uno donde quiera que estuviese, y el mismo en todas las cosas bajo una forma distinta. Si el muerto lo reclamaba, o para remediar su soledad o para calmar su hambre, ¿a qué darle el espíritu de un hombre, si con sacrificar un animal se le daba un espíritu también, de naturaleza idéntica?”<sup>73</sup>.

Tras la cristianización mediante la colocación de una cruz en la cúspide, estos montones se han convertido en monumentos culturales y funerarios.

La tradición de depositar piedrecitas en un determinado punto también se extendió a las cruces y cruceros de piedra que encontramos a lo largo de muchos caminos, especialmente a lo largo del Camino de Santiago, donde es posible contemplar acumulaciones de guijarros en el pedestal o sobre las gradas de los mismos y cuya intencionalidad es igual a la descrita hasta el momento. Una tabla perteneciente al retablo Mayor de la Catedral de León, obra del siglo XV, del maestro Nicolás Francés y que representa el traslado del apóstol Santiago, muestra cómo unos peregrinos depositan una piedra al pie de una cruz.

<sup>70</sup> MARTÍN DE BRAGA, *De correctione rusticorum VII*, trad. J. E. López Pereira; J. Correa Corredoira, Espiral, La Coruña 1997, 23.

<sup>71</sup> Hermes, Mercurio o Términus.

<sup>72</sup> J. G. ATIENZA, *Los santos imposibles*, Martínez Roca, Barcelona 1989, 15-22.

<sup>73</sup> C. CABAL, *o. c.*, 52.

## 6. Culto al agua

El agua, igual que el resto de los elementos de la naturaleza, ha sido objeto de culto y se le ha otorgado propiedades curativas en fuentes, manantiales y ríos; motivo por el que es usual encontrar, junto a ermitas y santuarios tradicionales, fuentes a las que se les ha atribuido algún milagro. En la actualidad, la pervivencia del culto acuático lo advertimos en supersticiones relacionadas con determinados lagos considerados maléficos, como el de *Peña Sagra* de Cantabria o en los poderes curativos que se les ha concedido a algunas fuentes, donde viven las *nimphae* o espíritus sanadores.

Para sacralizar y cristianizar los puntos donde habían existido antiguos cultos al agua se erigieron cruces y cruceros, pues las vemos coronando fuentes, junto a ríos y manantiales o sobre puentes.

## 7. Culto a los astros: sol y luna

Los astros, en especial el sol y la luna, han sido unos símbolos que han mantenido una estrecha relación con las fuerzas telúricas que rigen los procesos rítmicos de la vida (animal y vegetal): estaciones, días, meses, años, etc. A partir del Neolítico, cuando surge la agricultura, aparece el simbolismo que vincula la luna, el agua, la lluvia, la fecundidad, la vegetación y el destino del hombre tras la muerte, etc.

El culto al sol, de forma individual, podemos considerarlo uno de los más antiguos y practicados en todas las religiones; por su aspecto positivo ha estado relacionado con la luz, el fuego, la vida, representando a un ser superior, mientras que de forma negativa simbolizaba la noche, la sequía y la muerte. También encontramos la representación de la rueda del sol sobre un carro, un mástil o en una nave como emblema solar vinculado con la energía, la vida y la fecundidad, unidos a su vez al agua o la tierra<sup>74</sup>. Por su parte la luna, ha sido símbolo de fecundidad, vida y muerte; imagen de un retorno y renacer del hombre por su aparición y desaparición cíclica. Se ha contemplado como la luz de dios, que es especialmente intensa los días de luna llena y es, precisamente en estos días, cuando tienen lugar los rituales relacionados con la agricultura. Igualmente, esta vinculación de la luna con la fertilidad queda patente en algunas prácticas agrarias: la siembra en luna nueva o luna creciente, recogida en luna cuarto menguante o la tala de los árboles también con cuarto menguante; todo ello para no cortar la vida al vegetal cuando se encuentra en proceso de crecimiento.

El cristianismo adoptó las antiguas creencias relativas al sol con referencia a Cristo, de este modo el sol se convertía en Dios creador:

---

<sup>74</sup> La rueda solar ha sido un símbolo empleado con frecuencia para la fertilización de campos. Una variante de la rueda de cuatro radios en movimiento es la cruz gamada o swática, símbolo solar en muchos cultos de la antigüedad. Símbolo de sol naciente y vida en el mundo hindú. De similar simbología encontramos la rosa o roseta, representada con mucha frecuencia en estelas funerarias. El sol como rosa de los vientos, puede tener 4, 6, 8 o 12 pétalos; estos pétalos vendrían a representar las direcciones del espacio.

“Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzaré un sol de justicia que traerá en sus alas la salud, y saldréis y brincaréis como terneros que salen del establo”<sup>75</sup>.

San Patricio<sup>76</sup> en su *Confessio* dice:

“Nosotros creemos y adoramos al verdadero sol, Cristo, que nunca se pondrá”<sup>77</sup>.

Por eso entre los católicos y ortodoxos la cruz solar o radial es una forma de entender a Cristo victorioso sobre el mundo y el cosmos. En la Edad Media este *Sol salvador* se representaba como símbolo sepulcral en forma de numerosos círculos consecutivos.

De esta forma, las antiguas celebraciones paganas dedicadas al sol se transformaron en festividades cristianas vinculadas a Cristo. Por ejemplo el 25 de diciembre, solsticio de invierno, era la festividad romana del nacimiento del dios sol, *Natalis solis invicti*, convertida en la fiesta del nacimiento de Cristo. Respecto a la luna, como símbolo de renovación por su aparición y desaparición, el cristianismo lo ha relacionado con la resurrección.

Estos signos del sol y la luna, como binomio, también han querido representar a Cristo y a la Virgen María; los vemos con frecuencia en manuscritos y cruces de época románica, como sol-luna o figuras nimbadas sosteniendo la luna y el sol.

También en las cruces y cruceros objeto de estudio encontramos las imágenes de Cristo crucificado y la Virgen acompañadas de los astros o únicamente estos últimos, conteniendo la misma simbología.

Este binomio Sol-Luna, también ha simbolizado la luz y las tinieblas, como en el Beato de Gerona (fol. 16r) donde a ambos lados de la imagen de Cristo crucificado aparecen un sol con nimbo radial y la luna, con una inscripción:

SOL OBSCVRATUS, LVNA NON DEDIT LVMEN SVVM<sup>78</sup>

El sol suele estar vinculado con el lado derecho, representa una esfera superior, el cielo, la luz; mientras, la luna se vincula al izquierdo como tierra, noche y oscuridad. En las cruces, donde vemos estas representaciones, se sigue esta misma disposición, como el buen ladrón y el malo; los bienaventurados y los condenados; virtudes y vicios; el juicio final orientado de derecha a izquierda, etc. Esta contraposición entre la

<sup>75</sup> Malaquías 4, 2.

<sup>76</sup> Patricio de Irlanda (c. 387-c. 461), misionero cristiano en Irlanda, predicador y religioso.

<sup>77</sup> SAN PATRICIO, “*Confessio*”, en: M. LURKER, *o. c.*, 304.

<sup>78</sup> M. GUERRA, *Simbología románica*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1993, 177.

izquierda y la derecha tiene un origen primitivo, es la dualidad entre lo masculino y lo femenino; el lado solar y lunar del hombre. Características que vemos en algunos enterramientos del neolítico, donde los hombres están enterrados a la derecha y las mujeres a la izquierda.

J. A. Martigny, lo ha asociado a las dos naturalezas de Cristo, la divina (el sol-brilla con luz propia) y la humana (la luna, brilla con luz reflejada)<sup>79</sup>. Otra posible lectura de Cristo con los dos astros, uno en cada mano, sería como signo del dominio que posee sobre el cosmos<sup>80</sup>.

A pesar del proceso de cristianización que sufrieron los ritos vinculados al sol y la luna, hay que decir que todavía pervive alguno de ellos, como los que se realizan la Noche de San Juan, la presentación de los niños recién nacidos al sol o la luna según el sexo, el estudio de las fases de la luna en los trabajos de labranza, la existencia de amuletos lunares en la puerta de las casas, graneros y cuadras, etc.

## 8. Culto a los caminos, límites y fronteras. Dioses protectores

El carácter sagrado de los caminos no reside únicamente en el camino en sí, sino en el cruce de los mismos, en las encrucijadas; puntos con una gran carga simbólica y que desde siempre han estado envueltos en multitud de leyendas negativas e incertidumbre: comercio con demonios y brujas, almas en pena vagando por ellos, *Santa Compañía*, etc. He aquí el motivo principal para cristianizar estos lugares de paso, aunque es necesario precisar que, a pesar de la cristianización de estos puntos estratégicos, en algunas regiones todavía pervive ese sentido mágico del cruce. El conjunto de creencias vinculadas a estos lugares, unidas a los numerosos ritos paganos celebrados en torno a los mismos, han dado lugar a la erección de las cruces y cruceros protectores de caminantes. El miedo a transitar por los caminos de noche hizo que los viajeros buscaran la compañía de la cruz, pues existía la creencia que los caminos eran para los vivos de día y para los muertos de noche. Este recelo ha existido desde épocas muy antiguas y entre culturas muy dispares, todas ellas con un nexo común: el miedo a la muerte; hecho que provocó en el hombre la necesidad de buscar protección en determinados dioses, considerados guardianes de los caminos (Lugh, Mentoviacus, Cultor o Viator, Hermes, Hécate, Mercurio, Jano, Lares Viales y compitales, Términus, etc.).

Martín de Braga, encargado de cristianizar en el siglo VI la zona noroeste de la península, nos habla de la costumbre que tenían los pueblos de estas regiones de arrojar piedras en unos puntos determinados de los caminos, según anotamos al hablar de los amilladoiros, como ofrenda al dios *Mercurio* o encender luminarias en las encrucijadas contra el demonio:

<sup>79</sup> J. A. MARTIGNY, *Dictionnaire des antiqités chretiennes*, Hachette, París 1865, 184.

<sup>80</sup> Al igual que a los emperadores romanos se les representaba con el sol y la luna como símbolos de soberanía.

“Nam ad petras et ad arbores et ad fontes ed per triuia ce-reolum incendere, quid est aliud nisi cultura vulcanalia, et Kalendarum observare, mensas ornare, et fundere in foco super truncum fruges, et vinum, et panem in fontem mittere [...]”<sup>81</sup>.

Como conclusión a lo expuesto en el presente estudio podemos decir que el hombre, a lo largo de su historia, siempre ha mantenido unas creencias vinculadas con los elementos de la naturaleza, considerándolos símbolos divino o representaciones materiales de las fuerzas superiores. La llegada del cristianismo supuso la asimilación y transformación de antiguas creencias y supersticiones a los nuevos ideales religiosos, hecho que queda patente en nuestras cruces de piedra situadas en caminos, campos, y encrucijadas.

Actualmente, estas cruces constituyen un importante legado histórico-cultural de nuestros antepasados, ya sea por su valor artístico, histórico o religioso, pues se trata de elemento con una fuerte carga simbólica y religiosa heredada de antiguos cultos paganos.

---

<sup>81</sup> MARTÍN DE BRAGA, *o. c.*, 18.